

DE MI VIDA

SANGRANDO

Para MEFISTÓFELES

La herida mana un débil hilito rojo. No quiero restañármela. Que sangre mucho, muchísimo; que ese goteo constante y cálido vaya inundando todo mi cuerpo; que las venas azulosas tomen un color de tisis: que el corazón se duerma en una muerte eterna por falta de savia.

Hay que poner todo nuestro amor en las purificaciones curadoras. Los dolores apretan las bocas de las heridas; hacen que se estremezcan en una palpitación de angustia los bordes de lo rasgado, y, cuando pasa el tiempo, van uniendo la abertura para dejar como único recuerdo del mal una cicatriz que señala siempre por dónde pasó la furia del dolor. Pero yo no quiero sentir esas palpitaciones de la carne que se desprende de lo llagado para que vuelvan á unirse los labios doloridos. No podría resistir la violencia de una aguda punzada. Por eso pido que la herida continúe sangrando, que todo el licor rojo salga por esta boca que se ha abierto junto á mi corazón, que poco á poco vaya faltándome el riego de la vida. Y cuando todo tenga el pálido color de la tisis, ese color de cera que yo he visto en muchos heridos de males del amor, asomará á mis ojos vidriosos y á mis labios blancuzcos una santa sonrisa de satisfacción; y mis manos se entrelazarán en la quieta beatitud del justo que llega al descanso soñado.

No me digáis que procure una medicina para esta herida mía. Yo he sabido que para los males del corazón no hay remedio; es decir, hay uno: arrancárselo. Pero yo no soy tan valeroso ó tan impío. No puedo arrancarme el corazón doliente, no puedo. Alguna vez, mis manos tateando en la lucha del pensar llegan á ponerse sobre el pecho, donde está el sangramiento, donde palpita frenético de amores el corazón dolido; y cuando toco el calor de la herida, las manos huyen horrorizadas, tiemblan, se retuercen en un martirio de ellas mismas: se acusan de haber profanado, impías y vengativas, el santuario de un inflamado querer.

Me hace un bien inmenso este sangrar que siento en el pecho; es una tibieza que llora en un silencio bienhechor; es el embriague de un perfume lejano, música de violines que dijeran el preludio de una serenata en la escondida fronda de un jardín olvidado, manantial de una fuente oculta en un recodo de la montaña.

No, no me habléis del horror de una cura pronta, de un botón de fuego cauterizante, de un repentino medicamento que cierre en falso esta abertura sangrienta. Me espantan las curaciones peligrosas que ponen en boca de los Doctores estas terribles palabras: «á vida ó muerte».

La purificación viene con este sangramiento tibio que tarda en acabarse no sé cuanto; un mes, y un año, y otro año, muchos años sucesivos. Y mientras tanto, dejándose tras sí el tiempo que vuela, se vive por el recuerdo, se viven esas vidas lentas de santos sin apetitos ni pasiones, que llevan á entrelazar las manos en una amorosa beatitud.

Vidas sin rencores, vidas que sienten piedad para los que nos hirieron, vidas que se consumen en un fuego de amores del alma para todos los humanos, para los que sufren, para los dichosos, para todo lo creado.

Así quiero ir viviendo: en una sangría de mi cuerpo joven, en un cariño á todo, en una paz inmensa, limpia de pasiones.

No intentéis que me cure. No puedo arrancarme el corazón!

Leocadio MARTÍN-RUIZ